

y una difusión muy importante, de tal manera que la gente pudiera tener otros conceptos sobre lo que es el erotismo”.

La investigación de Suckaer abordó el trabajo de figuras como Francisco Romano Guillemín, Ángel Zárraga, Saturnino Herrán, José Clemente Orozco, Gonzalo Carrasco, Nahui Olin, Rufino Tamayo, Mathias Goeritz, Magali Lara, Marel Portela, Enrique Ježik y Carla Rippey.

Uno de los casos más destacados, tanto que con él inicia el discurso de Suckaer, es el del zacatecano Julio Ruelas: “A partir del siglo XIX en México podemos encontrar obras más eróticas, en el sentido que lo conocemos actualmente. Parto de Ruelas porque tuvo obras que realizó en París y cuando estuvo en México ostentó una presencia muy importante, porque era un artista muy transgresor para el momento que se vivía”.

El trabajo de Ruelas, explica la curadora, es sumamente erótico debido a que el artista atendió a diferentes fuentes y sím-



Adela Marín, Cautiverio. Foto: Adela Marín



Campaña contra la discriminación. Foto: Ariela Muñoz

bolos para plantear su propuesta. Suckaer cita el cuadro de *La domadora* (1897), donde el pintor retrata a una cortesana adentrada en un juego erótico con un cerdo y un mono, animales con amplio bagaje como símbolos de un erotismo muy transgresor. El cerdo es asociado con la lujuria, mientras el mono es identificado con el vicio.

Para la investigadora la obra está llena de una semántica muy interesante. Refiere que causó demasiada conmoción en su momento: “No se tenía la costumbre de que los artistas se manifestaran de esa manera. Pero yo creo que siempre ha habido censura. La sigue habiendo. Siempre va a haber sectores de la sociedad que estén en contra de que artistas se manifiesten de manera pública sobre el erotismo”.

Otro testimonio es el de la fotógrafa costarricense Adela Marín, quien radica hoy día en Ciudad de México. Ella emplea al cuerpo humano como materia prima de sus obras. En sus fotografías el desnudo florece. Y como toda artista que se ha arriesgado a navegar por

aguas sin vestiduras, ha tenido que soportar la mala interpretación de su discurso.

Marín comparte que, en los años noventa, se acercó a la corporeidad humana como una manera de entenderse a sí misma dentro de un contexto social. Recuerda que, en aquella época, los fotógrafos en su país realizaban una obra bastante “costumbrista”, ligada a temas rurales y ciudadanos. Muy pocos abordaban tópicos relacionados con el erotismo o la sexualidad.

“El cuerpo siempre tiene una categoría social, está situado en un rol y es asociado con el asunto del tabú. El interesarme en él fue un medio de transgredir lo aprendido en una sociedad y en una familia costarricense con ciertos valores. Creo que la manera en que se regula el cuerpo es un mecanismo de control y de dominio”, expone.

Ella misma experimentó la hostilidad de la censura a su obra en Costa Rica. *Cautiverio*, su primera exposición en 1996, no fue prohibida por la galería, sin embargo, la artista de la lente sí sintió el rechazo del público. La mayoría de quienes acudieron entraba al salón, observaba